INTRODUCCIÓN

Un clamor de falsos truenos derivados de una también, fraudulenta procela, rompía sin quebrar el rosáceo vespertino del cielo nebuloso en el verano tardío.

Prestándole atención resultaba posible distinguir, de forma esporádica, los remotos fogonazos de las detonaciones de la guerra irrumpiendo de manera fugaz en el azul difuminado del horizonte.

En el caso de que las fragatas de escolta que protegían la costa, se aproximaran lo suficiente a quienes pugnaban por atravesar su cerco defensivo, el mutuo intercambio de cañonazos provocaba tal alumbramiento, que daba la impresión de estar contemplando una reiteración de la alborada correspondiente a ese día.

Mientras, se embarcaba con premura en el buque objetivo de los atacantes, atracado, acondicionado y listo para zarpar, de las bulliciosas atarazanas colindantes al conflicto en donde finalizaba la etapa de nidificación de las gaviotas. Los polluelos aprenderían a volar tranquilos, a salvo de las balas, debido al inminente abandono del sitio por parte de los militares. Heredándolo despoblado, las aves lo habitarían un tiempo, previamente a verse forzadas a levantar el vuelo, como los hombres, en su búsqueda en común de mejores puertos.

En ese entonces, el tumulto de los gravosos graznidos competía con las apremiantes voces de los marinos, empujando por las rampas de acceso el cargamento decretado de subir a bordo.

— 9 —

Ajena al inquieto avispero de los astilleros, la dotación de la grúa acometía la misión de trajinar con el último de los bultos tan engorroso y voluminoso de demandar sus servicios.

Consistía en un piano de cola.

Agrupados bajo la férrea supervisión de un capataz de pésimo humor y torva mirada, dos operarios, resguardados de la llovizna con malolientes abrigos impermeables, emprendieron la faena de envolverlo pulcramente.

Empezaron por forrar la impecable cubierta de teca, lacada del azul oscuro casi negro que coloreaba la pieza, revistiendo luego el teclado cerrado, elaborado en ligera madera de tilo; remetieron a continuación la encerada funda aislante por los lisos bordes, y remataron la intervención con recias ataduras en sus dorados pies de fiera, de hierro forjado, al igual que el armazón interior.

Conformes con la fijación del arnés estiraron del gancho, lo sujetaron, y el capataz dio su visto bueno al gruista, retirándose el trío *ipso facto* ante el zarandeo experimentado por el peso al tensarse el cable.

El piano levitó por magia de la logística, elevándose en el aire ridículamente magnifico, solemne, silente, en oposición a las ruidosas y vulgares gaviotas dispersadas en desbandada ante el advenimiento del instrumento musical volador.

Y sucedió que, en el espacio comprendido entre el muelle de carga y la nao, se partió la maroma, con lo que el ingente fardo volteó en orden vertical, despeñándose al mar, perforando su superficie con análogo estruendo al producido por el brusco desembuche de los cañones, y hundiéndose a la par que los desbaratados cascos de los barcos en liza.

— 10 —